

El lugar de reunión después del teatro

Anabelle Contreras Castro

Durante las conversaciones realizadas en San José para este libro, emergió, una y otra vez, el recuerdo del bar chileno La Copucha como algo inseparable del tema principal. Se trata, para quienes se lo perdieron, de un lugar que gozó de mucha importancia, por reunir una variadísima gama de gentes de diversos orígenes: artistas, exiliados procedentes de países bajo dictadura, intelectuales, guerrilleros, músicos, diplomáticos, militantes de partidos de izquierda, amantes de la cocina chilena, espías. De modo que hablar de este gran punto de encuentro se hizo indispensable y placentero, y nos sirvió como bisagra entre el análisis de datos y las entrevistas realizadas. Mucho se ha escrito sobre la condición que conlleva el exilio. Las historias se repiten, varias de similar manera, y numerosas de ellas resultan simpáticas, a pesar de los dramáticos motivos que están detrás y de las memorias de horror que las acompañan.

A través de las narraciones que escuchamos para hacer este libro, parece desplegarse un abanico de modos de sobrevivencia. Estos surgen porque la gente viaja con talentos ya explorados o porque ante la necesidad los talentos se inventan y se desarrollan hasta que se igualen o superen aquellos llamados natos. Así, por ejemplo, Marcelo Gaete y Sara Astica pasaron de ser actores de teatro y estrellas de cine, con cinco niños a cuestas, y comenzaron su estadía en Costa Rica haciendo empanadas chilenas para vender en eventos sociales. Patricio “Pato” Arenas, actor y militante político, que también era músico, inició su nueva vida “serenateando” en San José. El grupo del Teatro del Ángel se inició con Bélgica Castro, la gran figura del Teatro Experimental en Chile, Alejandro Sieveking y Lucho Barahona, quienes se abocaron a transformar un galpón en teatro. Finalmente, Norman Voullième, reconocido médico especialista en Salud Pública en Chile, repartía su tiempo entre la docencia universitaria y diversos trabajos en un restaurante que montó su esposa hasta que, luego, abrieron La Copucha en pleno centro de la capital, donde se dividían las mil ocupaciones que trae la administración de un bar, además de tener también cinco hijos.

La Copucha devino, desde sus inicios, centro de reunión de actores e intelectuales. No por ser muchos de ellos chilenos se puede decir que gozaban de tener muchas cosas en común, pero lo que sí los unía era su condición de exiliados, su indignación y su dolor, y sus noches en La Copucha. Este fue uno de esos lugares que ilustra, de muy buena manera, los quehaceres de la gente exiliada y los resultados de las congojas y aventuras económicas por las que transitan. A La Copucha se iba después del teatro, como bien

lo indicaban los manteles individuales de papel, que la anunciaban con un diseño de Hugo Díaz, un excelente caricaturista costarricense, quien dominaba la fórmula perfecta de un cóctel hecho de lectura crítica del ambiente político y cultural, y un fino humor. Se iba a La Copucha a celebrar un estreno, a descansar después de las funciones, a ver a amigos y colegas, a hablar de la revolución que para unos estaba muy lejos y para otros, a la vuelta de la esquina, a comentar o enterarse de noticias del país de origen. Se iba también por la gastronomía chilena, y la trova, y porque lugares como este no había más en toda Costa Rica.

Era el mundo de los años setenta, sumido en la Guerra Fría. Era la América Latina de esta década, plagada de regímenes dictatoriales, cuyas torturas y genocidios, entre muchas otras prácticas de terror expulsaban a miles de personas hacia fronteras desconocidas. Era la Centroamérica de la década de los setenta, la de guerras, dictaduras, movimientos revolucionarios e intervenciones geoestratégicas por parte de Estados Unidos. Y era el San José de esta época, en el que coexistían sectores conservadores con otros que se politizaban, que con el Che Guevara como modelo habían estrenado la década con la mayor manifestación jamás conocida contra las intenciones del gobierno de ceder terreno a la compañía estadounidense ALCOA, y que la cerraron, en 1979, con la celebración del triunfo de la revolución nicaragüense.

Costa Rica, por su posición de país social-democrático y políticamente estable, en un continente con las características antes descritas, era suelo fértil tanto para guerrilleros, colaboradores de guerrillas, exiliados políticos y partidos de izquierda como para personas destacadas de los Servicios de Inteligencia de las entonces dos potencias mundiales. De modo que La Copucha era una especie de bar al estilo del Rick's Café, de la película *Casablanca* (1942), en donde confluían varios universos, en el que se confiaba en unos y se desconfiaba de otros, en el que se ideaban actuaciones tanto en las tablas, como en un sinnúmero de espacios. Era un lugar para recrear aquello que se consideraba chileno, suramericano, revolucionario. Era la posibilidad de reunirse con exiliados de otros países y comentar experiencias de desarraigos y nuevos arraigos. No se crea que La Copucha albergaba solo a chilenos y costarricenses, las copas y empanadas también eran consumidas por argentinos, uruguayos y un variopinto público hambriento de todo lo que ofrecía, afín al arte o los ideales de izquierda, o a ambas cosas. O bien, era la posibilidad de comer chileno, beber chileno, hablar chileno, para luego salir a las calles josefinas, en la oscura madrugada o ya con los primeros rayos del nuevo día, a seguir inventado la vida en el exilio. Pero para los costarricenses, en aquellos tiempos sin internet ni teléfonos inteligentes,

era una posibilidad de probar diversos sabores, de conocer aspectos políticos y culturales de otras geografías, de ejercer el internacionalismo, de latinoamericanizarse y, en el aspecto artístico, de compartir con queridos compañeros y admirados maestros, igualados todos gracias a las bondades del vino.

Recuerdo La Copucha por sus excesos, por su particular decorado, por el volumen de las risas. Seguro que había también lágrimas detrás de todo aquello, yo nunca las vi ante el hechizo de las guitarras. En La Copucha se casó un amigo costarricense de entonces con una argentina, lo cual habla mucho de esos tiempos, en los que se compartía tanto con gentes del Cono Sur. A pesar de ser sin igual, alguna familiaridad compartía La Copucha con ciertos bares ubicados alrededor de la Universidad de Costa Rica, por la trova, por la cuidada estética del aparente descuido, por los “jipis” al estilo local, por el espíritu de compartir que había en esos tiempos. Ese tipo de bares se acabó para siempre. Los que frecuentan los jóvenes de hoy impiden en mucho el intercambio de ideas, por el volumen de la música, y en ellos se sienta gente más pendiente de su teléfono celular que de los ojos de sus compañeros. Aquellos eran otros tiempos, ni mejores ni peores, simplemente muy otros. En ambos hay terror, guerras y amenazas de guerra, y en ambos hay grandes ideales, abrazos y gente que se junta para intentar hacer de este un mundo mejor.